

guerra entre Austria y Prusia, que en Julio del 66 terminó con la fulminante sorpresa de Sadowa (todos esperaban que la guerra se prolongaría mucho), Napoleón, que quiso tomar el papel de mediador, se encontró con una declaración de su ministro de la Guerra, Randon, que afirmaba que, «por haber desorganizado la guerra en México al ejército francés, no se podían movilizar sobre el Rhin cincuenta mil hombres.» El primer resultado general de la expedición de México fué una Francia burlada.

Entonces comenzaron las comunicaciones premiosas de Napoleón á Bazaine. «Termine usted de un modo ó de otro los negocios de México. He dicho á la emperatriz Carlota que me era imposible dar á México ni un escudo ni un hombre más.» ¿Y qué hacer con Maximiliano? La idea capital de Napoleón era ésta: *hacerlo abdicar*, y hacia ella orientó toda la política de la invasión en pleno retroceso: ¡llevarse á Maximiliano entre los bagajes del ejército francés! En realidad, así había venido.

Preciso es convenir en que una guerra con los Estados Unidos no fué nunca motivo de temor serio para Francia, porque ni creyó en ella, ni su ciega confianza en su poderío militar la permitía darle excesiva importancia; los documentos publicados lo prueban. Esta complicación fué para los franceses motivo de aprensiones, de inquietudes y de apuros cuando la crisis europea les demostró que sería insensato un conflicto que los obligaría á distraer la mayor parte de sus recursos aquí: Bismarck, más bien que Seward, tenía la clave de la cuestión mexicana.

Y era de ver cómo, cuando la desocupación fué irrevocable decreto de la voluntad del César francés, las explicaciones sobre la actitud de Francia en México menudearon: nunca se había querido imponer aquí un gobierno; los mexicanos, espontáneamente, habían escogido la monarquía y Maximiliano, etc. Menudeaban también los proyectos: convertir al imperio mexicano en una federación de cuatro ó cinco grandes entidades, bajo la hegemonía de Maximiliano; hacer abdicar á éste y convocar una asamblea, ante la cual se demostraría que las intenciones de Francia habían sido puras, que el pueblo mexicano volvía á la plenitud de su derecho, etc. Todo esto resulta de las cartas que Napoleón escribía á Bazaine.

TOMO I.—77.



D. Nicolás Régules



Mientras así se desenvolvía la comedia de enredo de la diplomacia y la política, los acontecimientos seguían su ineluctable curso.

En los primeros meses del 66, el Norte estaba incendiado ya; en Tamaulipas las guerrillas, reuniéndose y formando fragmentos considerables de futuros ejércitos, amagaban Tampico y las comunicaciones con San Luis; en la línea del Bravo, y teniendo por objetivo principal la reocupación del Saltillo, Monterrey, y sobre todo Matamoros, infructuosamente atacado, se constituía un grupo considerable á las órdenes de Escobedo; una fracción de este núcleo del futuro ejército del Norte, obtuvo una brillantísima victoria sobre los franceses en Santa Isabel, y aunque tuvo luego que retroceder á la línea fluvial de la frontera, aquel combate había marcado la nueva faz de la lucha. Ya mejor armados los republicanos, la brega con los invasores comenzaba á ser menos desigual y su atrevimiento crecía; en Junio, en Santa Gertrudis, logró Escobedo desbaratar completamente una columna que salía de Matamoros para Monterrey custodiando un importantísimo convoy; Mejía, el famoso general indígena de la reacción, el más convencido, el más leal y el más bravo de los capitanes con que contaba el imperialismo en México, capituló en Matamoros, y en Julio y Agosto los republicanos, pisando los talones de la invasión, ocuparon Tampico, Monterrey y el Saltillo, amagando San Luis; desde antes el señor Juárez se instalaba definitivamente en Chihuahua, valientemente reconquistada por Terrazas y Sóstenes Rocha; en el Estado de Durango se rehacían considerables masas de combatientes, que dominaron la capital cuando los franceses se vieron obligados á abandonarla. En Sinaloa y Sonora, la campaña, començada en 64, había sido terrible; desde que se inició con la primera tentativa de los invasores para apoderarse de Mazatlán, intrépidamente rechazados por Sánchez Ochoa (Mayo del 64), hasta la derrota de los franceses é imperialistas en la batalla de San Pedro (Diciembre del 64), que puso de relieve ante la República la noble y grande figura espartana de Rosales, los empeños de ocupación se habían limitado á un corto radio; con los auxilios que las numerosas hordas de Lozada proporcionaron á los franceses, y los restos que las antiguas facciones reaccionarias pusieron á sus órdenes, la campaña fué activísima; el general Corona fué en ella infatigable; los franceses le imprimieron un carácter de ferocidad indecible, sacrificando sin piedad prisioneros, incendiando poblaciones enteras y cometiendo los incontables desmanes que marcaron su paso en la República; en esta obra *civilizadora* resaltan cuatro nombres de exterminación: Castagny al Norte, De Pottier al Sur, Dupin en el Oriente, y en el Occidente Berthelin; muchos hay que agregar á esta lista de verdugos; los jefes de las tropas de África, sobre todo, se complacían en la muerte. Hubo, es verdad, entre los invasores un grupo respetable que repugnó incesantemente, sin poderla modificar, esta abominable conducta, que partía de la doctrina siguiente: existiendo en México un gobierno constituido por la voluntad nacional, todos los disidentes son bandidos, están fuera de la ley, hay que fusilarlos, y los fusilaban. Los jefes republicanos ejercían espantables represalias á veces; á veces, al contrario, como sucedió con los belgas en Michoacán, mostraban una magnanimidad admirable.

En Sinaloa y Sonora, en donde los franceses ocuparon Guaymas y se extendieron á algunas poblaciones principales, la guerra fué siempre cruel é implacable. Allí, lo mismo que en todo el país, día á día eran derrotadas las guerrillas, y no acababan nunca; tanta victoria denotaba el combate sin tregua. A mediados del 66 el Estado de Sonora cayó entero

bajo el dominio de los republicanos, una vez desocupado Guaymas, y luego Sinaloa, cuyo puerto principal se vieron obligados á abandonar los franceses. Organizados los elementos de guerra laboriosamente, aquel grupo de luchadores, que recibió el nombre oficial de «Ejército de Occidente,» y quedó á las órdenes del general Corona, penetró en Jalisco casi enteramente sublevado al mediar 66, y vencidos los últimos restos del ejército francés é imperialista, el magnánimo general republicano Parra ocupó á Guadalajara en las postrimerías del año. En Michoacán, el despiadado é infatigable imperialista Méndez mantenía á raya á los patriotas, que se habían batido sin cesar, como lo narra en su épica y romancesca historia Eduardo Ruiz, y en Oaxaca la bandera de la Patria tremolaba en manos de la victoria. Allí, el general Porfirio Díaz, que se había fugado audaz y novelescamente del cautiverio de Puebla y refugiado en las comarcas inaccesibles de Guerrero, había organizado un núcleo de reconquista, en torno al cual se aglutinaron las bandas que mantenían viva la protesta del Estado. Hombre hecho para ordenar, administrar y dirigir, tanto como para escoger lo más prudente y seguro y ejecutar con osadía extraordinaria un plan maduramente concebido, el general Díaz pudo, en los últimos meses del 66,



D. Jerónimo Treviño

sentirse bastante fuerte para ordenar el asedio de Oaxaca; la batalla de Miahuatlán primero le permitió organizar el cerco, la de la Carbonera después, en que quedó destruída la columna de auxilio, puso á merced suya la ciudad sitiada, que capituló; así devolvía con creces á la República, en el momento del supremo esfuerzo el ejército, los elementos y la plaza perdidos en 65.

Si á esto se agrega toda la Costa en armas, las sierras veracruzanas y las huastecas surcadas por cuerpos ya medianamente organizados, que iban á clasificarse bajo la dirección superior del vencedor de Oaxaca, se comprenderá cómo la región central, única dominada por los invasores, rodeada de esta inmensa zona de conflagración que devoraba la Altiplanicie por todo su perímetro, estaba sentenciada á sucumbir á la presión circunstante.



Dominando las líneas de retirada de la invasión que convergían hacia la capital y la que de ésta lleva á Veracruz, precisa confesar que el ejército francés dió pruebas de una intrepidez, de una actividad, de una elasticidad realmente sorprendentes; pronto se vió que ni los invasores eran capaces de contener la reorganización y el avance de los ejércitos republicanos, que crecían andando como el gigante del mito, ni éstos podían dar un golpe mortal á la invasión, que se retraía y contraía tan enérgicamente; de donde dimanó una especie de pacto tácito entre los beligerantes: los franceses economizaban los combates, los republicanos no los provocaban. Y así marchaba todo á su fin.

Así lo veía marchar Maximiliano; confiado en la palabra de honor que de caballero á caballero le había dado Napoleón, en París, de retener á su ejército durante cinco años en México, todos los anuncios de desocupación los interpretó como amagos para apremiar su actividad, como efectos de los informes siempre hostiles de Bazaine, impaciente de los conatos de rebelión de su pupilo imperial, ó como aparentes satisfacciones diplomáticas á los Estados Unidos. Sin embargo, los emisarios se cruzaban entre París y México; Eloin hizo un viaje inútil, Almonte vió rechazados sus proyectos basados en la permanencia del ejército; Saillard y, por último, el mariscal hablaron claro, y presentaron el *ultimátum*, que se podía condensar así: retirada-abdicación; ni intervención ni imperio. Maximiliano comenzó contra su voluntad á ver claro; la emperatriz Carlota, más viril, más inteligente, más orgullosa que su esposo, aterrada ante la perspectiva, insoportable para su amor propio, de desempeñar el papel de reina sin corona, recibiendo una pensión austriaca, quiso ir personalmente á recordar á Napoleón su palabra, y á evitar la catástrofe, que para ella era inevitable con la retirada de los franceses. Iba terriblemente excitada; la fiebre de inquietud y de ambición, más humillada que satisfecha, en que había vivido hacia cinco años, llegaba á sus períodos altos; cuando á la luz de las antorchas, y en medio de lluvias y torrentes desencadenados, desfilaba á caballo por los vertiginosos vericuetos del Chiquihuite, con su séquito transido y pasmado, resucitaba para muchos el recuerdo de su antiquísima abuela Doña Juana la Loca, acompañando el cadáver de su esposo al través de las noches de Castilla. Llegó á París, habló con Napoleón, éste le negó rotundamente su palabra, oyó de los labios implacables de aquel soñador exasperado la sentencia capital del imperio y salió herida de muerte mental; la tragedia empezaba como trazada por un Esquilo capaz de remover en gigantescos escenarios acontecimientos, pueblos y humanidades.

Maximiliano sintió sobre sí la garra de la fatalidad antigua y se debatió dolorosamente bajo ella, con intervalos de indolencia y abandono. Bazaine y los emisarios de Napoleón, que no quería contraer ante la historia la responsabilidad de una catástrofe sangrienta, lo apremiaban sin tregua para que abandonase el trono; la acción de los Estados Unidos había impedido la organización con elementos extranjeros de un ejército imperial; las finanzas eran nulas; una buena parte de los fondos del segundo empréstito francés habían sido destinados, por un bochornoso convenio, al pago de parte del crédito Jecker, especie de cuervo siniestro que apareció en las ruinas de la reacción y de los dos imperios, el mexicano y el francés, hasta que lo abatieron entre escombros las balas de la Comuna; los franceses se habían incautado de las aduanas: no había, pues, modo de vivir. Por una especie de capricho de artista político, hizo Maximiliano un pacto con la muerte y recurrió á la reacción; esto era dar traspies al borde de una tumba; unos cuantos hombres

TOMO I. — PARTE SEGUNDA

Historia política

General D. Porfirio Díaz

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS